

## **CIBERCULTURA Y SUBJETIVIDAD**

*Gloria Lucia Sierra A*

Desde el momento en que se empezó a hablar de cibercultura, las ciencias sociales y humanas, han propuesto una serie de discusiones en torno a los efectos que se desprenden del fenómeno cultural, evidente en el tiempo de la informática. Cada orientación reflexiona los acontecimientos que se vienen presentando a gran velocidad y debate sobre la validez y suficiencia de los argumentos que permitan hablar de una nueva cultura.

Algunos autores reconocen el estatuto del impacto que tienen, en el actual orden social, la tecnología y la informática, especialmente por lo que estas herramientas causan en la comunicación humana. Sin embargo, enfatizan en que creen que esta consideración no es suficiente, para hablar del establecimiento de una cultura como tal. Otros por el contrario, encuentran

elementos estructurales en este cambio social, que permiten afirmar que efectivamente nos encontramos frente a la emergencia de una cultura, marcada por la impronta digital, que va más allá de las fronteras, y que borra la diferencia derivada de los referentes geográficos.

Saliéndonos un poco de esta discusión, nos vamos a ocupar de reflexionar sobre la relación entre informática y subjetividad, para pensar algunos de los fenómenos que atraviesan la vida psíquica de las actuales generaciones.

Respetando las herramientas conceptuales con que otros autores analizan los eventos generados en la cibercultura, haremos uso en este texto, de las ideas que nos aportan algunos conceptos propuestos por Sigmund Freud. Estos referentes pueden ofrecernos rendimientos importantes en los planteamientos que a continuación les presentamos.

Más que un cambio de lenguaje, como lo proponen algunos autores, la cibercultura puede pensarse como un nuevo contexto en el que lo que se modifica, es básicamente el objeto que suple el vacío existencial, característico de los seres humanos. Esta idea puede comprenderse, si partimos de admitir que frente a la complejidad que ofrece la existencia misma, el ser humano busca objetos que respondan a las necesidades desprendidas de sus carencias afectivas.

Hay objetos profundamente poderosos como el amor, en especial cuando hablamos del amor de pareja.

Otros de igual magnitud como es el de la idea de Dios, sin importar en qué corriente religiosa esté inscrita esta creencia. No podemos dejar de nombrar el de la ciencia, asociada a la relación que se establece con el saber.

El arte, sin duda alguna es un objeto de satisfacción evidente, popular y reconocido. El efecto de gratificación que este produce, es explicado por el concepto de sublimación. En la sublimación el sujeto deposita toda su energía psíquica, en un fin intelectual o artístico.

Todos y cada uno de los objetos citados, tal como podemos apreciarlo, le sirven al sujeto de sostén, de compañía, de incentivo. Este efecto pacificador, es el que le permite a las teorías de crecimiento personal, hablar de la necesidad de tener una misión en la vida. Y es que efectivamente la subjetividad requiere de un objeto que en su función, produzca la impresión de suplir eso que entrañablemente nos falta.

Cuando observamos la relación que hoy se tiene con la tecnología, en el ámbito de las comunicaciones específicamente, podemos captar el lugar que esta ocupa en la vida de quienes permanentemente la utilizan. Cabe anotar que este fenómeno es especialmente evidente en los llamados nativos digitales, es decir en aquellas personas nacidas desde la década de los ochenta.

El estar conectados produce una variedad de efectos que pueden observarse fácilmente. Uno de ellos, por ejemplo, es que evita la sensación de estar solos, de

carecer, de enfrentarse a la ausencia de las respuestas que vienen del otro. Esta manera de tramitar la falta, no es exclusiva de quienes hacen uso de la tecnología, lo es también de quienes juegan en los casinos, de quienes consumen sustancias alucinógenas y de los que presentan algún tipo de adicción.

La posibilidad de acceder a un objeto que llene la falta de manera inmediata, reduce la capacidad de inventiva del sujeto y también la tolerancia frente a la espera. Esta lógica es la que se observa en el caso de un consumidor voraz y su objeto de consumo. Tal como podemos ver, esta condición no da tiempo de espera para la complacencia, ni genera la necesidad de crear otros recursos porque el objeto de satisfacción está a la mano y lo más fácil entonces, es tomarlo.

Este contexto nos lleva a pensar en lo que Freud propone como el objeto del fetiche, que no es más que un objeto que el sujeto mantiene a su disposición para su satisfacción inmediata. Es tan corto y tan ávido el trámite entre el sujeto y su objeto, que allí no media ningún obstáculo; es por ello que en esta lógica no hay nada que detenga al sujeto para obtener su satisfacción. Lo anterior asocia esta dinámica a una posición nombrada por Freud como perversión<sup>1</sup>.

Cuando hablamos de perversión, inmediatamente pensamos en los peores estragos humanos; pero ese no es el caso en esta reflexión. Lo que estamos

---

<sup>1</sup>Freud, Sigmund. Feticismo. Obras completas. Editorial Biblioteca Nueva. 1981. P. 2993.

haciendo, al citar este concepto, es aprovechar la lógica que este señala, para mostrar una posición subjetiva frente a la satisfacción, en la que nada se interpone. Esta manera de nombrar esta condición humana no debe satanizarse en principio, en especial si consideramos que todos, de una u otra manera, buscamos nuestros objetos de satisfacción de una forma insistente y permanente.

Volviendo a los fenómenos que observamos en la nombrada cibercultura, y contando con los argumentos anteriormente señalados, no es difícil deducir la función, que como objeto de satisfacción, ofrece cada uno de los artículos que produce la industria digital.

Seguramente para todos es familiar la imagen de enajenamiento total que nos ofrecen muchos de los niños de la contemporaneidad, cuando están ubicados frente a un televisor. Igual impacto produce el contacto con los videojuegos; para nadie es un secreto que, en esta condición, el niño está completamente abstraído de la realidad y que por lo tanto, allí no hay sujeto con el que pueda establecerse un lazo.

El asunto con las redes y el uso de los chat es de otro talante. En estos casos hay una vinculación con el otro que, aunque mediada por el aparato, de todos modos implica un intercambio. No obstante, el hecho de que el acceso al otro, solo dependa de conectarse, implica que se cuenta con un medio que no exige de mayores renunciaciones, porque en este contexto el otro siempre está disponible.

No olvidemos que en la cibercultura ese otro es enorme, está compuesto por muchas personas, a cualquier hora del día y de la noche, y no conoce fronteras, ni límites. Este otro, en la mayoría de las ocasiones, carece de rostro, de edad, de compromiso y de responsabilidad. Es un otro que ante el menor impase, simplemente se elimina, porque puede ser inmediatamente reemplazado estableciendo otro vínculo.

Saber que el otro es tan fácilmente sustituido, le permite al sujeto contemporáneo itinerar en los vínculos sin la necesidad de hacerse ninguna pregunta, ni plantearse la necesidad de modificar lo que le demandan. Esta lógica difiere de la que nos plantea el vínculo cotidiano no virtual, porque las relaciones afectivas, de cualquier tipo, exigen de una dosis importante de renuncia derivada de las necesidades y pedidos del otro.

Ese recorte personal tiene un costo importante para el sujeto, que es asumido por la retribución que representa la presencia del otro. Y es que las relaciones plantean un contexto en el que cada uno da y recibe y que implica a su vez sacrificios y gratificaciones. Considerando lo anterior, es evidente que para que la cuota de renuncia esté dispuesta a ofrecerse, el otro del amor tiene que ser investido de un valor, que nos permita someter nuestros impulsos para evitar su pérdida.

Lo que sucede en la contemporaneidad, es que en tanto siempre existe un otro disponible de manera permanente y simultánea, el sujeto no ve la necesidad

de renunciar a nada. Al fin y al cabo, sabe que encontrará en la red, a alguien que responda a su llamado y que no le implica una exigencia determinada.

Esta lógica, sin embargo, produce una sensación de soledad y hastío que no es ajena a los nativos de la cibercultura. No hay duda que el vínculo ya descrito, exige en cierto momento del cuerpo del otro. En razón a ello, los jóvenes acuden a las relaciones con personas de otras esferas del mundo, pero no abandonan la búsqueda de alguien de carne y hueso, que haga presencia en su existencia de manera concreta. Esta condición es fácilmente observable en la vida de los adolescentes.

El vínculo por fuera de las redes, representa un reto muy importante para quienes solo se han relacionado virtualmente. Es necesario considerar que en la red los usuarios tienen personalidades delimitadas, más por la imagen que cada uno desea proyectar que por la que realmente posee. En el ciberespacio los rasgos menos apreciados del sujeto no aparecen, puesto que los perfiles permiten que nos miremos a nosotros mismos de manera benévola.

En las redes sociales se publican las fotos bonitas, las reuniones sociales amables, los paseos inolvidables. En las conversaciones con los otros hay, en general, un derroche de adulaciones y poco espacio para dedicar a asuntos que competan a un intercambio subjetivo verdadero. Es así que hoy se cuenta con comunicaciones más extensas en frecuencia y en número de involucrados, pero en general, de muy poca profundidad y espacio para la reflexión.

No podemos dejar de nombrar que las relaciones personales y sociales, por fuera de la red, nos muestran una realidad muy distinta. No es un secreto para nadie, que las nuevas generaciones se relacionan poco con los más cercanos, aunque tengan un círculo de amigos enorme. Es fácil observar cómo se separan de las pocas personas que físicamente están a su alrededor, para estar conectados con los millares de contactos que figuran en sus listas.

Las observaciones anteriores, nos permiten apreciar la manera como el sujeto de la contemporaneidad, se defiende de la posibilidad de intimar y de ser descubierto en su condición de carencia. En la red, todos pueden mostrarse completos en sus atributos y pueden suplir su verdadera condición, con artificios virtuales que les proporcionan una identidad deseable y plena socialmente.

Otra manera de protegerse favorecida por la informática, es la que apreciamos cuando las personas pasan una gran cantidad de horas del día, pendientes de cómo transcurren las vidas de los otros y haciendo caso omiso de lo que sucede en sus propias vidas. Esta, sin duda, es una de las maneras más evidentes de olvidarse de sí mismo y de las responsabilidades y retos que están implicados en la existencia. Al estar distraído con la vida de los otros, el sujeto consume su vida día a día, y no le hace frente a las decisiones que debe tomar, para direccionar lo que desea para sí mismo.

Los fenómenos de la socialización actual en las redes, nos remite a otro planteamiento de Freud, que

analiza el comportamiento de los sujetos cuando están sumergidos en las masas. En las masas, dice Freud, se eliminan los rasgos individuales y se adquieren las características que exige la multitud<sup>2</sup>.

Este planteamiento nos permite comprender el origen de lo que sucede, cuando los pobladores de las redes, obedecen a una imagen predeterminada por las tendencias, trazadas a través del ciberespacio.

Tenemos entonces, en estos casos, que además de no orientarse por las propias creencias, tampoco hay una incidencia marcada de sus propias culturas. En esta realidad es que se soportan algunos autores, para señalar que el nuevo orden cultural, no responde a las particularidades de los distintos contextos geográficos, sino a la presencia actual de lo virtual.

Todos los interrogantes que hemos planteado hasta el momento, no tienen como objeto juzgar los efectos que produce la informática en la vida contemporánea, sino más bien el de observar la incidencia que esta condición actual, tiene sobre la vida subjetiva. Es claro que no pueden dejar de reconocerse algunos aspectos considerados benéficos, en la vida de los nativos digitales y también incluso en la de aquellos que han logrado insertarse en sus ordenamientos.

Nadie puede negar que las comunicaciones se hayan facilitado notablemente, gracias al uso de un sistema

---

<sup>2</sup>Freud, Sigmund. Psicología de las masas y análisis del Yo. Obras Completas. Editorial Biblioteca Nueva. 1981. P. 2563.

como internet, que permite conectarse con aquellos que necesitamos, de manera pronta y efectiva. Esta condición genera, obviamente, vinculaciones más fluidas, ágiles y eficaces.

Algunos autores sin embargo, observan un riesgo en este punto, cuando sugieren que lo que prima en la cibercultura, es el hecho de estar conectados, más que el contenido y la calidad de la comunicación misma<sup>3</sup>. Otro de los aspectos que se resaltan cuando se trata de ver los beneficios de la era informática, es el que corresponde a la multiculturalidad. Al respecto se dice que las generaciones del ciberespacio, son más plurales, porque acceden a todos los lugares del mundo a través de sus contactos. Esta condición, al parecer, los hace flexibles, menos excluyentes y posesivos, más abiertos, tolerantes y ágiles. La facilidad de acceso a las diversas culturas, se asocia además con efectos como la reducción de la xenofobia, en la mayoría de los habitantes de las redes. Esta condición presenta sin embargo algunas excepciones, marcadas por la existencia de grupos cerrados con identidades fuertes, que no permiten el ingreso de usuarios simpatizantes con otras ideas.

El ingenio, la velocidad mental, la creatividad y la imaginación, son algunas de las habilidades que se les reconocen a los miembros de las generaciones digitales. Lo que preocupa es que estas destrezas, en

---

<sup>3</sup> Ambrosini, Cristina Marta. Cibercultura. Nuevas formas del nomadismo. Asociación Argentina de Investigaciones Éticas Agora Philosophica, nº 9.

muchos casos, no son empleadas en la construcción de proyectos personales, ni puestos al servicio de la vida productiva de las comunidades. Desafortunadamente, estos atributos son comúnmente utilizados en intereses triviales, como la implementación de estrategias para conservar el anonimato, sostener identidades paralelas, y mantener en simultánea, una gran cantidad de conversaciones.

Para finalizar y entendiendo que esta reflexión solo deja abiertas algunas ideas que han de seguirse desarrollando, tenemos que admitir que lo que no es discutible de ninguna manera, es que nos encontramos frente a un cambio de dimensiones monumentales, que afecta todos los ámbitos de la vida humana.

Hay que considerar también que como en todo cambio, algo queda atrás como pérdida y algo viene generando una mejoría, respecto a lo que existía antes. A este fenómeno contemporáneo llamado cibercultura, no se le puede desconocer su impacto profundo. Es lógico entonces pensar, que en esta misma proporción, se modifican las subjetividades de la época y se ordenan las formas de vida en las distintas sociedades.

La respuesta ante esta nueva etapa de la historia humana, no puede ser vivida con la nostalgia romántica que sobrevaloriza los tiempos pasados, ni con el entusiasmo ciego que considera mejor todo lo nuevo. Lo más importante, a mi modo de ver, es confirmar que es necesario tratar de hacer convivir las posiciones de las dos generaciones que, en este momento preciso de la humanidad, están coexistiendo.

Para ello no podemos dejar de tener en cuenta que nos encontramos ante un tiempo de transición, en el que todos nos vemos obligados a vivir los ajustes propios de todo movimiento.